

LA ERMITA DE SAN GERVASIO

A. Ferrer Pi

Yo me he criado al lado de la ermita de San Gervasio, sobre la costa de Darró, junto al mar. Yo he nacido — si no a la vida, sí a la sensibilidad — en esa proximidad de Villanueva, a la que se llega entre azules de mar, ondulaciones verdes de viñedos y campos, y, por fondo, un azul que al atardecer se enrojece con los últimos rayos del sol de Poniente; o a la que se llega—en nuestro otoño—entre tonos pardo-rojizos de la tierra desnuda, grises de cielo y verdes de mar vuelta.

Blanca, enclada, por fuera; blanca, enclada en su interior. Su zaguán mostraba dos vitrinas pequeñas, en que se exhibían a la venta pequeñas de la ermita y de su altar mayor, medallitas de San Gervasio y San Protasio (¡qué pronto se agotaban las de aluminio y cómo se ennegrecían en su persistente permanencia las de plata!), rosarios de cuentas de cristal. Dos peldaños de piedra dan acceso al interior.

Esta ermita, dedicada a los Santos Mártires San Gervasio y San Protasio, toda la humildad y la sencillez de sus principales devotos: labradores y gentes de mar. Y todo el encanto que de esta sencillez se desprende. El altar mayor, lo único que rezuma riqueza, con sus oros y su buena hechura, nos presenta las imágenes de los santos Patronos y las de sus padres también martirizados, una Virgen de la Bonanova, pequeña, de falda almidonada, dentro de una hornacina y en lo alto la Inmaculada Concepción contra la que nada pudieron las turbas que demolieron el interior del Templo.

Los demás altares eran sencillos, sin imágenes. Sobre ellos, grandes cuadros de tonos oscuros, ennegrecidos por el tiempo con figuras de santos, cuyos nombres, poco corrientes en nuestros días, ya daban por sí sólo la evocación de otras épocas: S. Pelegrín, S. «Gem», S. «Mamed», Nuestra Señora de la Leche. Y un cuadro grande representando a un Pablo de luengas barbas y aspecto estático manteniendo en sus manos un libro y una espada monumentales y con la negrura del fondo distraído por unas ruinas orientales.

De la bóveda colgaban tres miniaturas de veleros, dos de ellos con las velas arriadas y el tercero a todo viento, que hoy serían el ensueño de cualquier coleccionista y que probaban la tendencia marinera hacia esta ermita.

Esta era la vieja ermita de San Gervasio, cuyo interior se destruyó totalmente, salvándose sólo la aludida imagen de la Inmaculada. Ya se va adelantando en su reconstrucción, pero aquellos cuadros, aquellos barcos y un sin fin más de sus cosas sencillas e ingenuas, todo esto ha desaparecido para siempre.

La entrada de la ermita está pavimentada con guijarros y conchas marinas. Fué un capricho en su origen; seguramente, pero dió lugar a una bella fantasía que obligaba a remozar constantemente aquel pavimento.

Acudían los devotos a San Gervasio con una fe, que, desgraciadamente se ha perdido, y oraban ante el Santo y le ofrecían sus exvotos. En ocasiones hacían la ascensión a la ermita descalzos. Pero

cuando salían de ella, con la esperanza en el corazón, querían llevarse algún recuerdo de su visita, algún signo material de su modesto peregrinaje, algo que en su hogar les recordara la intercesión del Santo; y allí, en la entrada de la ermita, arrodillados sobre los guijarros y las conchas, simulando una oración



ERMITA DE S. GERVASIO (dibujo de P. Roig Estradé)

de despedida y con la vista y el oído tensos a los pasos del ermitaño, nunca demasiado exigente, rascaban el suelo con una cuchilla para desprender una concha o un guijarro, recuerdo de San Gervasio.

Todavía hay guijarros y conchas en la entrada de la ermita. Pero ya no tiene que renovarse el pavimento. Y yo lo siento; y yo lo siento porque comprendo que la pérdida de aquella costumbre — que acaso era reprochable — demuestra la pérdida de una fe ingenua, primitiva y sincera que anidaba en el alma de nuestros labriegos y pescadores.

ASPECTOS

R. Ferrer Parera

Aquel clásico lobo de mar no deambula ya por nuestras playas. La intrusión en aquel oficio del motor industrial destruyó implacable el molde, acabando con el modelo; y el pescador de «hora trocó el sargil y el tartán por el paño, el casco impermeable por la gorra y la pipa por el caliqueño. No tiene del atleta el ancho pecho fornido en el constante combatir con las furias del temporal, ni el bronceado rostro teñido del sol y salobre, ostenta los rasgos duros ni el surco que sólo el esfuerzo corporal plasma.

Al atardecer de un día sereno la playa se engalla festejera y fantasiosa.

Fijamos la mirada en lotananza y los

La pobre viejecita de saya raída, ora, arrodillada en el suelo, ante el cuadro grande, en donde entre obscuridades se percibe, a penas, el pardo sayal de San «Gem». Es misérrima la vida de esta pobre abuela, que vive de la limosna pública y que tiene que adaptar sus hambres a la mayor o menor generosidad de sus conciudadanos. Y reza la vieja, reza devota, con movimiento de labios y los ojos clavados en la difusa figura del Santo.

Por la entreabierta puerta de la ermi-

que acaba de pedirle al Santo «cinco céntimos menos de apetito».

En la fachada de la ermita había, tiempo atrás, una piedra enclada en la que se leía: «Ex-voto - C. Clodius Aemilianus». De esta piedra hablan los historiadores de Villanueva y la atribuyen a exvoto de algún marino o pescador de la España romana. Ellos la llamaban lápida.

Allí estuvo la supuesta lápida, empujada en la pared, hasta que un día mi padre, con la curiosidad y cariño que en estas sus cosas ponía, decidió sacarla del lugar que ocasionalmente ocupaba para darle mayor realce. Golpeóse la tapia a sus lados, profundizó en ella; era grande la piedra, mayor de lo que se había creído. Salió al fin; una columna truncada, una ara...; en su cara anterior la inscripción: «Ex-voto - C. Clodius Aemilianus». Fué colocada en la finca Miramar, bajo unos pinos, recibiendo directamente el aire del mar y los últimos rayos del sol.

Han entrado muchos a ver la piedra. Se han hecho muchas conjeturas sobre ella; a través de su inscripción, de su ortografía, de sus letras, se ha querido adivinar su fecha, se ha querido saber a qué divinidad estaba dedicada...

La verdad es que yo no me he preocupado demasiado por estas cosas. A mí esta piedra sólo me dice que hubo un hombre que se acercó a estas costas de Darró buscando refugio y rindiendo tributo a su fe, un hombre para quien, en aquellos remotos tiempos, este rincón era lo que es hoy para mí: lugar tranquilo, camino de fe y esperanza, remanso de paz.



(Ilustración de P. Roig Estradé)

Fórmase rápido el encadenado cortejo que lo transporta hacia la lonja; ensordecedor ruido hecho de impacencias que cesa al aparecer en el círculo el agente subastador. El silencio se impone, atento al pregón en vertiginosa sarta de cifras descendentes hasta la coincidencia de voluntades.

Unos chorros de agua cristalina echados violentamente sobre el asfalto, ponen fin al emotivo espectáculo.

Al margen del prosaico mercado la pareja adolescente está tendida negligentemente sobre la acogedora arena.

Subyugante ella, de ojos verdes, felinos, brindan a la tentación el beso furtivo que acaso no impedirán las miradas que otean la ídlica escena desde el paseo. Pero una ola celosa, hija de un envidioso golpe de mar llegando hasta ellos, ha roto el encanto y ha obligado a la huida.

Luego ha continuado el mar su eterno vaivén.